

## BIBLIOGRAFIA

---

**Arens, Bernard S. J.** *Die katholischen Missionsvereine* (Las Asociaciones católicas de misiones), Freiburg im Breisgau, 1922, Herder, XVI y 364 páginas, 222 X 145 milímetros.

La presente obra es un complemento del *Manual de las Misiones católicas*, del mismo autor, de que dimos cuenta el año pasado en esta REVISTA (1). Es un ensayo, como no se había hecho hasta ahora. En ella se da cuenta de todas las Asociaciones católicas de Misiones que existen, y son nada menos que 220. Todas han nacido desde el año 1818 al 1921. En este período de intenso movimiento misional nacieron hasta 246 Asociaciones de esta clase; de ellas sólo han muerto 26.

La sola lista de las Asociaciones existentes es una magnífica apología de la Iglesia católica y de su pujante vitalidad. Con la revolución francesa y con las revoluciones, mayores o menores, que la siguieron en la mayor parte de las naciones, creían algunos que la Iglesia católica entraba en el período agónico. Más aún: algunos escritores se adelantaron a declararla definitivamente muerta. Pero la Iglesia tiene y tendrá siempre la fuerza renovadora de que la ha dotado su Divino Fundador para renovarse y rejuvenecerse después de las mayores crisis. Y así sucedió con las Misiones católicas. Hace un siglo no parecían otra cosa que un montón de ruinas. Y hoy tienen un florecimiento nunca visto en la Historia.

El P. Arens va describiendo las diversas Asociaciones por el orden de las naciones donde han tenido su origen. De cada Asociación da primero una historia sumaria; después, el reglamento, las indulgencias que le están concedidas, los resultados obtenidos, la revista que le sirve de órgano, la Central de la Obra, etc., etc.; todo con brevedad, pero con escrupulosa exactitud.

---

(1) ESTUDIOS ECLESIASTICOS, 1922, págs. 150 y siguientes.

La nación que más Asociaciones ha producido es, sin disputa ninguna, Francia, que marcha a la cabeza del movimiento misional desde hace un siglo. En ella han tenido principio las dos principales Obras de Misiones: la Propagación de la Fe y la Santa Infancia. Preciosas son las estadísticas que de ellas publica el P. Arens, con los ingresos desde su fundación hasta el presente y lo que han contribuido las diversas naciones. También ha producido Francia varias Obras, que después han sido imitadas por casi todas las naciones, por ejemplo las Escuelas Apostólicas.

Tras de Francia viene con razón Italia, que ha dado un contingente notable a la organización misional, y especialmente la Unión Misional del Clero, que abarcaba, al escribirse la Obra, unos 300 Obispos y 70.000 sacerdotes (hoy serán por lo menos 80.000).

Las demás naciones vienen por orden alfabético. Se distinguen especialmente las muchas Asociaciones que relativamente tienen principio en la pequeña Bélgica, y en Holanda, con dos millones de católicos. En Alemania, los progresos en los últimos años han sido maravillosos. Austria, aunque en lo demás no sea notable su acción misional, se ha distinguido por haber tenido en ella principio el célebre Sodalicio de S. Pedro Claver, con las demás obras que de él han emanado.

España no está representada como debía, por la incuria que reinó en otro tiempo; pero en cambio en los años últimos se ve que se multiplican las Obras misionales. Quince son estas Obras fundadas en nuestra Patria. La primera lo fué el año 1897, la segunda el 1907; y todas las otras trece lo han sido desde el año 1914.

Se ve, pues, que la obra actual, juntamente con la del mismo Padre, de que dimos cuenta anteriormente, forman un manual indispensable para todo verdadero conocedor de las Misiones. Que en tanta muchedumbre de datos y noticias se escapa alguna pequeña inexactitud, no es necesario decirlo. Pero ciertamente que el P. Arens merece toda clase de plácemes por esta obra valiosísima, una de las mejores de nuestros tiempos sobre las Misiones.

H. GIL.

---

L'ÉTUDE COMPARÉE DES RELIGIONS, Essai critique par H. PINARD DE LA BOULLAYE, S. J.—I. **Son Histoire dans le Monde Occidental.**—25 X 17 cm.—XVI-515 pág.—Paris, Gabriel Beauchesne, 1922.

Tanto por su índole general como por el acierto con que está escrita, el

influjo de esta obra no se limitará a un sector reducido, se hará sentir en todo el vasto frente de la Historia de las Religiones.

Cuanto se hayan aventurado en estos estudios, habrán palpado la dificultad de abrirse camino, de orientarse al menos, a través de la literatura inmensa y variadísima, formada en pocos años alrededor de las diversas religiones. No hay que insistir sobre este hecho de todos conocido. A medida que se han ido multiplicando los trabajos, diversos ya por los asuntos, pero mucho más desiguales por el mérito y por las tendencias, se ha hecho también más difícil seguir las complicadas evoluciones, los triunfos y derrotas de los sistemas que se disputan el campo de las religiones comparadas, sin una introducción previa, amplia y metódica, y esta introducción no existía aún.

La erudición indiscutible del P. PINARD no ha podido encontrar más que diez nombres para llenar el encasillado forzoso de la Bibliografía que precede a su obra. Pero en realidad, dejando a un lado el carácter francamente tendencioso de algunos de estos autores (1), ninguno de ellos pretendió ofrecer en sus páginas una *introducción completa*.

El R. P. ENRIQUE PINARD, que desde su cátedra de *Vera Religione* seguía con mirada atenta el curso de la nueva ciencia, parecía especialmente señalado para acometer esta obra. Sus trabajos anteriores eran algo así como una promesa. Baste hacer mención del artículo *Quelques précisions sur la Méthode comparative* (2) y de las conferencias pronunciadas en la *Semana de Etnología Religiosa* (3), desarrolladas con mucho mayor amplitud en el curso de Historia de las Religiones del Instituto Católico de París (1914).

Según confiesa el autor (4), las conferencias de París, retrasadas por los azares de la guerra, aparecerán ahora en dos hermosos volúmenes; aunque basta echar una ojeada al primer tomo, único publicado, para ver que durante estos ocho años no durmieron ociosamente sobre la mesa del autor, sino que se fueron enriqueciendo más y más.

(1) Tal, por ejemplo, J. REVILLE, que empieza la introducción de su obra *Les Phases succesives de l'Histoire des Religions* por el más crudo indiferentismo religioso.

(2) *Anthropos*, t. V (1910), p. 534-558.

(3) *Semaine d'Ethnologie Religieuse*, Compte-rendu de la I Session (1912), p. 57-72; Compte-rendu de la II Session (1914), p. 95-117.

(4) O. c., Préf., p. XIII.

Hacer historia de los diversos sistemas, sin gozarse en desmenuzarlos con rigurosa crítica, antes consignando con entera lealtad los hechos nuevos, los elementos metodológicos que cada uno ha traído al común acervo de la Historia de las Religiones; descartar generalizaciones prematuras, influencias dañosas de falsos prejuicios; depurar los procedimientos empleados hasta ahora y perfeccionar así el método histórico-comparativo aplicado a la Historia de las Religiones; tal es la idea que preside a toda la obra.

Dejando las conclusiones metodológicas para el segundo volumen, el P. PINARD logra en el primero su deseo de «representar una Historia del estudio comparado de las religiones más completa, más imparcial y en cierto sentido más profunda» (1).

No quiere rasgar esa como niebla de misterio que envuelve el pensamiento religioso del Oriente: se limita al mundo occidental. Aun así, es inmenso el campo de sus investigaciones. Recorramos brevemente al índice de los diferentes capítulos:

C. I.: *La Antigüedad hasta la Era cristiana*. Períodos mitopoético, filosófico y pragmático.—C. II.: *La Era cristiana hasta la Edad Media*. Escritores paganos, apologistas y hereseólogos cristianos antes de las controversias neo-platónicas; maniqueos y paganos y escritores eclesiásticos durante las controversias maniqueas.—C. III.: *La Edad Media*. El problema de las religiones en la especulación de los árabes, judíos y teólogos escolásticos.—C. IV.: *El Renacimiento y la Reforma*. Humanismo y paganismo; los protestantes y el «pagano-papismo».—C. V.: *Comienzo del Racionalismo*. Trabajos de documentación sobre las religiones; evolución de las soluciones antiguas y prenuncios de las modernas.—C. VI.: *El Agnosticismo*. Arqueólogos, filósofos, historiadores y eruditos.—C. VII.: *Del Positivismo al Pragmatismo*. La filosofía religiosa; descubrimientos; desarrollo de los estudios comparativos.—C. VIII.: *Las escuelas modernas*. Escuelas filológica, antropológica, pambabilónica, histórica, histórico-cultural.—C. IX.: *Las escuelas modernas* (continuación). Psicología metafísica y experimental; estudio sociológico de las religiones.—C. X.: *Las corrientes del siglo y el curso de los siglos*. Fases del estudio comparativo de las religiones, tesis naturalista y sobrenaturalista, el problema criteriológico y el problema religioso.

---

(1) O. c., Préf., p. X.

Esta rápida enumeración (1) de las materias contenidas en este primer tomo basta para formar de él alto aprecio. La lectura atenta pone de manifiesto méritos indiscutibles.

Sorprende desde luego la *erudición vastísima* atesorada en el texto y en las notas (2), que pueden suplir en gran parte la lectura directa de las obras: tal es la exactitud e imparcialidad con que están juzgadas todas las de alguna importancia. Verdad es que las quinientas páginas del tomo apenas bastan a contener tanta cita, y el espacio concedido a cada autor es por fuerza bastante reducido; mas, apesar de todo, las obras principales que marcan las diversas etapas del estudio comparado de las religiones están ampliamente extractadas y juzgadas. Léanse, por ejemplo, las páginas dedicadas a Otfried Müller, Federico Max Müller, Tylor, Schmidt, etc. (3).

Más que el número y calidad de los autores utilizados y analizados, es digno de elogio el esfuerzo del autor por *eslabonarlos entre sí*. Tarea fácil para los que espigan en la Historia de las Religiones buscando escritores de determinadas tendencias; pero harto trabajosa supuesta la amplitud y sinceridad de esta obra. ¿Lo consigue siempre con perfección? Tal vez, a ratos, parezca algo artificioso el hacer caminar la Historia de las Religiones tan sobre los pasos de las diversas filosofías; pero en general reconocemos que el P. PINARD ha sabido establecer, o, hablando con más propiedad, descubrir, los lazos reales que ligan al pensamiento filosófico el desarrollo de la Historia comparada de las Religiones.

Además; gran parte de la documentación es completamente *nueva*. Las diversas actitudes que fué adoptando el mundo griego ante la multiplicidad y semejanza de las religiones, las tesis defendidas por la antigüedad cristia-

(1) Creo innecesario advertir que en el párrafo anterior no hago más que una recapitulación sumaria del copioso Índice analítico, que ocupa en la obra las páginas 504 514.

(2) A los lectores españoles podrá llamar la atención no encontrar entre los diversos manuales de Historia de las Religiones (p. 333-334) el *Orfeo* de SALOMÓN REINACH, traducido por desgracia a nuestra lengua. Más adelante, en la p. 469, hablando de esa multitud de libros de erudición barata que se venden por genuina Historia de las Religiones, dice el P. Pinard: «S. REINACH sobresale entre ellos por su gusto literario, no porque sean mejores sus procedimientos críticos. (*Orpheus...*: Juicios severos en todas las revistas especiales)».

(3) Cf. o. c., p. 268 sq., 357 sq., 398 sq.

na en sus luchas con el paganismo y con la herejía; la Edad Media con sus grandes pensadores y su secular contienda contra el Islam; las valiosas contribuciones de los misioneros católicos... encuentran en el P. PINARD por vez primera el lugar que en buena justicia les corresponde.

Acaso habrá quien no comparta este criterio; sino que prefiera seguir repitiendo que hasta el siglo XIX, o mejor, hasta Max Müller mal se puede hablar de Ciencia de las Religiones (1). Sin pretender disminuir en nada el mérito del conocido profesor de Oxford (2), el P. PINARD justifica su criterio en varios pasajes de la obra (3); y aunque callara, el texto mismo de esos capítulos llenos de interés para aclarar los verdaderos problemas de la Historia de las Religiones, da sobrada razón de la importancia que el autor les concede.

Pero lo más genial en este volumen es sin disputa el capítulo X: «Las Corrientes del Siglo y el Curso de los Siglos». Las brillantes cualidades que se van manifestando en el decurso de la obra, se hermanan al fin de ella para trazar un resumen admirable. En breves páginas logra el autor dar consistente unidad a todas las partes de su libro; proyecta en el campo moderno las antiguas soluciones, que aun palpitan en las escuelas actuales; y en medio de éstas, como verdadera señal de separación, coloca la Cruz, cifra de la religión sobrenatural, y el fundamento criteriológico que sirve de grada para subir hasta la fe. Y esto, no para hacer alarde de teólogo, sino conservando hasta el fin su carácter de historiador serio y profundo, que saca a luz los verdaderos problemas religiosos y críticos que se debaten en el campo de las religiones comparadas.

Una vez más se dan en estas páginas beso de paz la ciencia y la fe, la apologética y la historia desinteresada. Por eso, la obra del P. PINARD es sin duda una gran contribución al estudio comparado de las religiones, cuya historia aparece ahora en su verdadera luz; pero al mismo tiempo prestará un gran servicio y hará honor a la ciencia católica. Así lo debió sentir el autor al escribir en el prólogo que «la causa de Dios saca provecho de todo progreso real de la ciencia: servir a la una es, en el fondo,

---

(1) Es lugar común en libros de Historia de las Religiones. Véase, por ej., H. JORDAN, *Comparative Religion-Its Genesis and Growth*, páginas, 116-117.

(2) Véase el valor que le concede el P. Pinard, o. c., p. 329-330.

(3) Cf. o. c., p. IX, 127, 176, etc.

servir a la otra» (1). Y porque no se le ocultó del todo el bien incalculable que su libro está llamado a hacer, encaminando los entendimientos por las sendas de la verdad, para ofrecerlo a Dios, busca, como altar, la tumba para él más sagrada. ¿No es éste el sentido de la dedicatoria breve y concisa: *A ma mère?*

MAURICIO GORDILLO.

---

**S. Thomae Aquinatis Doctoris Angelici Summa Theologica diligenter emendata, De Rubéis, Billuart et aliorum notis selectis ornata.** Taurini (Italia). Sumptibus et typis Petri Marietti, editoris, bibliopolae, typographi pontificii ac Sacrae Rituum Congregationis. Domus a 1820 condita. MCMXXII. En 4.º de 220 × 142 mm.; 1.º tomo, 768 páginas; 2.º, 732; 3.º, 700; 4.º, 819; 5.º, 824; 6.º, 700 de índices.

Sería superfluo e inútil que recordáramos aquí las innumerables ediciones que ha tenido la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino; puede decirse que no cesa de editarse. Pero no todas las ediciones entrañan el mismo valor, por no estar hechas con igual cuidado y diligencia. La de Turín se grangeó ya desde su aparecimiento un insigne renombre; y no hay más que saber sino que alcanza la 17 reimpresión, para inferir que lo adquirió justamente.

En cinco tomos en 4.º de 220 por 142 milímetros se inserta toda la grande obra del Doctor de Aquino. El 1.º comprende la primera parte y un apéndice (751-755), sacado de los libros de la verdad de la fe católica contra los gentiles; el 2.º, la primera de la segunda; el 3.º, la segunda de la segunda desde la cuestión 1.ª hasta la 123; el 4.º, termina la segunda de la segunda y contiene 62 cuestiones de la tercera parte; el 5.º la concluye, y añade el Suplemento, con lo que propiamente se finaliza toda la *Suma*. Un sexto volumen se dedica a índices y diccionario. Los índices son siete: escriturario, de reducción de la doctrina del Santo a los capítulos de la doctrina cristiana, de cosas memorables y lugares en que difusamente se explican, polémico contra los herejes, concionatorio, de autores y concilios aducidos, y, por fin, catequístico. El Diccionario terminológico-escolástico es el conocido de José Zama Mellini. Cada uno de los cinco tomos de la *Suma* incluye al final un índice de cuestiones y artículos.

---

(1) O. c., Préf., p. XII.

El texto es a dos columnas separadas por corondel; los tipos, pequeños, pero claros y limpios; el papel, mediano. En los artículos, después del título, se alegan otras obras del mismo Santo, que tratan de idéntica o semejante materia, y antes del *respondeo* se pone una conclusión en que se compendia la enseñanza del artículo. Contiene la obra copiosísimas notas sacadas de teólogos autorizados.

Como se echa de ver al punto, en todo se procede con orden, claridad, sano juicio, y se procura determinar y fijar la verdadera lección del texto allí donde se discute, y esclarecer la mente del Angélico en algunos pasajes que pudieran parecer oscuros. A esto precisamente contribuyen las notas, en las que por su importancia y constituir uno de los primores de esta edición, nos ocuparemos con algún detenimiento. Las clasificaremos en cuatro grupos: aclaratorias, declarantes, aplicativas e ilustradoras. En las aclaratorias se alegan, para que consten las variantes, las enmiendas de Francisco García, Tomás Madalena, Nicolai, Donato, las lecciones de varios códices antiguos y de las ediciones romana, duana, coloniense, patavinas y otras. Con esto se llama la atención del lector para que no estime por incontrovertible la lección del texto, y se le da opción, a fin de que escoja la que juzgue más auténtica.

En las declarantes se hace observar que algunos testimonios usados por el Angélico, que en su tiempo se creían ciertos e indudables, están lejos de serlo según los descubrimientos de la crítica moderna; por ejemplo: los libros de *Divinis Nominibus*, *Ecclesiastica Hierarchia*, no son de San Dionisio Areopagita; ni las *Quaestiones Veteris et Novi Testamenti*, *Dè fide ad Petrum*, el *Hipognosticon*, de San Agustín; ni el *Prologus super Marcum*, *Expositio Symboli ad Damasum*, *Sermo de Assumptione*, de San Jerónimo; ni el *Symbolum Quicumque vult*, de San Atanasio; ni los *libros sibyllinos*, de las Sibilas, etc.

En las aplicativas se indica la manera de emplear los razonamientos de Santo Tomás contra los errores y herejías que impugnan la religión católica, como, v. g., los wiclefitas, luteranos, calvinistas, jansenianos y racionalistas. Asimismo se advierten las controversias escolásticas nacidas de las opiniones del Santo Doctor, por ejemplo, las que miran a la creación de Angeles sólo en el número distintos dentro de la misma especie, encarnación del Verbo, *vi praesentis decreti*, sin el pecado de nuestro primer padre Adán, etc.

En las ilustradoras se procura poner de relieve el pensamiento de Santo Tomás en algunas cuestiones intrincadas. Así en la de la Inmaculada Con-



cepción de la Virgen se escribe lo siguiente: No hay la menor duda que el Angélico Maestro en muchos lugares de sus obras favorece abiertamente la sentencia que sostiene la Concepción sin mancha de María Santísima: para no alegar sino uno solo, en *Sent. lib. 1, dist. 44, quaest. 1, a. 3, ad 3.* atestigua que resplandeció tanto la pureza de la bienaventurada Virgen que estuvo inmune del pecado original y actual (t. IV, 558).

No puede negarse que las notas son oportunas, abundantes, eruditas y que ofrecen mucha luz para entender perfectamente la Suma del Angel de las Escuelas; pero nos parece que se les pueden hacer varias observaciones. Ante todo, no hubiera sobrado el que se esclarecieran algunas frases del Santo que se han dejado incólumes: v. gr., el *detractores Deo odibiles* (III, 420) en que se quiere significar que, según San Pablo, Dios aborrece a los detractores; y no es esa la idea del Apóstol sino que se intercala una coma en el *detractores* para denotar que aquellos hombres, a que alude, eran murmuradores, aborrecidos de Dios (o aborrecedores de Dios según puede entenderse el texto griego), injuriadores, etc. El *Omnia in figura contingebant illis* (IV, 559) que se extiende a todo el Viejo Testamento como figura del Nuevo; pero, como lo notó el P. Bainvel, San Pablo escribe *Haec autem omnia in figura contingebant illis*, refiriéndose a lo anterior que había dicho; el *Deus fecit hominem rectum* (I, 624) o escribiendo con toda exactitud, *Solummodo hoc inveni, quod fecerit Deus hominem rectum*, «Solamente hallé esto, que Dios hizo al hombre recto» (Eccles. VII.<sup>30</sup>) del que se quiere deducir la creación del hombre en gracia santificante, no parece muy concluyente; pues, como testifica Van Noort, si tan sólo se tiene en cuenta dicho texto, es, a lo menos, semejante deducción incierta, y, según Amor Ruibal, quien alega varios teólogos en su apoyo, el *rectum* de ese pasaje se debe únicamente interpretar de rectitud moral.

Todavía en las anotaciones se mencionan como genuinas algunas obras apócrifas, como la epístola del Pseudo-Bárnabas, que no pertenece al insigne compañero de apostolado de San Pablo, los tratados de San Cipriano *contra judaeos*, el libro IV contra los arrianos de San Atanasio, el de *Sacramentos* atribuído malamente a San Ambrosio, el de *Vita Contemplativa* a San Próspero, y la *Suma Sententiarum* de Hugo de San Víctor, que ahora se juzga parto de un teólogo desconocido.

Ya desde el principio de la obra (I, 3) se trata al Beato Lulio como hereje o fautor de herejías: «En este artículo hallarás, se dice, el modo de confundir la herejía de Raimundo Lulio, que afirmaba poderse probar con argumentos necesarios, demostrativos y evidentes todos los artículos de la

fe, los sacramentos de la Iglesia, la potestad del Papa»; y en otras ocasiones se repite la misma acusación de herejía contra el mártir de Mallorca y sus secuaces (I, 221, 310). Muchos y excelentes teólogos han salido en defensa del Beato, haciendo ver con eficacia y fuertes argumentos que hablaba el solitario de Randa en la suposición de haber sido revelados los misterios de nuestra fe, y que de ninguna manera merecen ni él ni sus discípulos la afrentosa nota de herejía con que sus émulos y perseguidores, a impulsos más de la pasión que del sereno raciocinio, los calificaron.

No se citan los libros de los heresiarcas Lutero, Calvino, Zuínglio, de donde se sacan sus heréticas y perniciosas sentencias, y alguna vez no aparece del todo manifiesto el vigor y nervio de su refutación. Así cuando Santo Tomás afirma que «el pecado original es materialmente la concupiscencia y formalmente el defecto de justicia original», se pone esta acotación: «lo que es contra la sentencia común de luteranos y calvinistas que sostuvieron que el pecado original no se perdona totalmente en el bautismo (*non omnino in baptismo dimitti*, II, 469). No se añade otra explicación y con ella realmente no quedamos satisfechos, por no comprender la oposición radical entre ambas opiniones; si la concupiscencia pertenece a la materialidad del pecado original, y persevera, según la experiencia, después del bautismo, no se perdona el tal pecado totalmente en las aguas regeneradoras, puesto que aun persiste la parte material.

En otras sentencias discrepamos asimismo de los anotadores. No creemos que tengan razón al atestiguar (I, 345) que algunos Santos Padres defienden la corporeidad de los ángeles, sólo porque son verdaderas sustancias, o considerándolos en comparación con Dios, o como no circunscritos y limitados en cierto lugar. A lo que juzgamos, sostuvieron que poseían verdaderos cuerpos, aunque de una materia sutil y delicadísima. Aseguran también ser más probable que San Anselmo, al decir que la Encarnación del Verbo era necesaria, aludía a una necesidad hipotética (IV, 378); pero es innegable, respondemos con Bainvel, que el Doctor Cantuariense insiste demasiado, en este misterio, sobre la necesidad de que Nuestro Señor proporcione sustitutos a los ángeles, y sobre la imposibilidad del perdón puro y sencillo. En lo que se dice de la Inmaculada Concepción, no hubiera estado de más el aducir otros textos del Angélico para poder asentar sin miedo a ser desmentido «que inmerecidamente presentaron algunos teólogos a Santo Tomás como adversario de la sentencia, entonces solamente pía, de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María.» Hoy acaso no haya muchos entre los críticos imparciales y de nota que no

rechacen esa afirmación como infundada: «En donde el Santo Doctor, escribe Van Noort, trata de propósito la cuestión manifiestamente sostiene la parte contraria.»

No terminaremos sin observar que por omitirse las citas de las obras teológicas, o alegarlas mal, no sabemos en ocasiones a qué autores se alude, v. gr., en estos casos: Martinus, Luc. (serm. VII. De passione), Peresius; y que los apellidos de ciertos teólogos españoles no se escriben correctamente; por ejemplo: Lorcas por Lorca, Cumel por Zumel, Vásquez por Vázquez...

Son, como se notará, observaciones de poca monta, que no pueden rebajar el mucho mérito de la presente Suma Teológica, que recomendamos con eficacia por sus ventajosas condiciones a cuantos apetezcan instruirse e inspirarse en las sublimes y luminosas enseñanzas del Angel de las Escuelas, Santo Tomás de Aquino.

A. PÉREZ GOYENA.

